

UN GRITO EN PARÍS

Daniel Fernando Mejía Lozano

UN GRITO EN PARÍS



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 1919-2026

ISBN: 979-13-7060-011-2

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Daniel Fernando Mejía Lozano

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,
por tanto, ecológico.

Dedico este libro, en primer lugar, a Dios, presencia silenciosa y constante en los momentos decisivos, a mi madre, Ana Vitalia Lozano Espitia, cuya fortaleza y ternura han sido el cimiento invisible de todo lo que soy, Angela Cristina y Juan Sebastian mis hermanos.

A mi hijo, David Santiago, en quien el porvenir adquiere un rostro concreto y esperanzador; a mi familia, espacio primero donde la vida encuentra su sentido más íntimo; y a Patricia Flores, compañera en este trayecto de amor, cuya cercanía ha dejado una huella indeleble en estas páginas.

A Valentina, con su entrañable sonrisa. Y a mi maestro de literatura, Felipe Neira, por haber contribuido con la inspiración, cada uno a su manera, a la formación de mi mirada y de mi voz y mi escritura.

A esa presencia entrañable —la flor que me cuida, me inspira y me sostiene desde el misterio—, cuya ausencia tangible no ha logrado disminuir su influencia en mi espíritu, Flor Angela Espitia.

Y, de manera especial, a Albita Neira, la mujer mariposa que me acompañó en momentos decisivos y en los días del exilio, recordando que incluso en la intemperie es posible hallar belleza y resistencia de la transformación. A mi voz conciente, Roberto Vargas Machuca Otarola, a Jorge Torres Medina el poeta que en la “Urgencia” escribe sin prisa.

Extiendo, finalmente, esta dedicatoria a todas las almas que han cruzado el río de mi vida —maestros visibles e invisibles, amigos y presencias furtivas—, quienes, sin saberlo siempre, han contribuido a hacer de esta obra periodístico-literaria una posibilidad de retratar la realidad de la existencia.

PRÉFACE EN FRANÇAIS

Il est des livres qui ne cherchent pas à convaincre, mais à éveiller. Des livres qui ne s'imposent pas mais qui murmurent, telle une voix intérieure que l'on ne peut ignorer.

« Un grito en París » appartient à cette catégorie rare.

Je me souviens de notre rencontre avec l'auteur à Paris.

Dans ce lieu chargé de mémoire et de littérature, où les mots semblent exister avant même d'être prononcés, quelque chose s'est imposé sans bruit. Une qualité d'attention, une manière d'habiter le silence autant que la parole. Rien n'était démonstratif et pourtant tout portait déjà une forme d'exigence, celle de regarder sans détour, d'écouter sans réduire.

La conversation ne cherchait pas à conclure, elle ouvrait. Et c'est peut-être là que ce livre prend naissance. Dans cet espace fragile où la parole ne s'impose pas, mais se déploie, où elle accepte de ne pas tout dire pour rester juste.

Dans un monde saturé de discours immédiats, d'opinions fragmentées et de vérités éphémères, Daniel Mejía Lozano choisit un autre chemin : celui de l'écoute, de la lenteur et de la responsabilité du regard. Ici, la parole n'est jamais un simple flux, elle est un acte.

Ce livre ne se contente pas de recueillir des voix. Il les met en tension, les interroge, les expose à leur propre complexité. À travers ces conversations, ce ne sont pas seulement des trajectoires individuelles qui se dessinent, mais une cartographie

plus vaste: celle d'un monde en quête de sens, traversé par ses contradictions, ses fractures, mais aussi ses possibles.

Depuis Paris —ville de pensée, de refuge et d'exil— l'auteur construit un espace singulier. Un lieu où la distance devient lucidité, où l'éloignement géographique permet une proximité nouvelle avec l'essentiel. Ce point d'observation, à la fois intime et politique, donne à l'ensemble de l'œuvre une résonance particulière.

CAR CE LIVRE EST AUSSI UNE TRAVERSÉE.

Une traversée des territoires, des mémoires et des responsabilités. Une traversée du pouvoir, non pas dans sa dimension spectaculaire, mais dans ce qu'il engage de profondément humain. Une traversée, enfin, de la parole elle-même: fragile, nécessaire, parfois insuffisante, mais toujours porteuse d'un espoir de compréhension.

Ce qui frappe à la lecture, c'est cette volonté constante de ne jamais simplifier, de ne jamais céder à la tentation du jugement immédiat. À l'heure où tout pousse à réduire, à opposer, à fragmenter, Daniel Mejía Lozano choisit d'élargir, de complexifier, d'ouvrir.

Et dans cet espace, quelque chose se joue. Peut-être une autre manière de penser la paix, non pas comme une idée abstraite ou un idéal lointain, mais comme une construction exigeante faite de dialogues, de tensions et de prises de conscience. Une paix qui ne nie pas les conflits, mais qui cherche à les comprendre pour mieux les transformer.

«Un grito en Paris» n'élève pas la voix pour couvrir le bruit du monde. Il la pose, avec justesse, dans ses interstices. Là où le silence n'est pas absence, mais possibilité.

Ce livre nous rappelle que comprendre est déjà un acte et qu'écouter, aujourd'hui, est peut-être l'un des gestes les plus nécessaires.

PRÓLOGO DE AURELIA KHAZAN

Hay libros que no buscan convencer, sino despertar. Libros que no se imponen, sino que susurran, como una voz interior que no se puede ignorar. «Un grito en París» pertenece a esta categoría.

Recuerdo nuestro encuentro con el autor en París. En ese lugar cargado de memoria y de literatura, donde las palabras parecen existir incluso antes de ser pronunciadas, algo se impuso sin ruido. Una cualidad de atención, una manera de habitar tanto el silencio como la palabra. Nada era demostrativo y, sin embargo, todo llevaba ya una forma de exigencia: mirar sin rodeos, escuchar sin reducir las palabras.

La conversación no buscaba concluir, empezaba. Y quizás es ahí donde nace este libro. En ese espacio frágil donde la palabra no se impone, sino que se despliega, donde acepta no decirlo todo para permanecer intacta.

En un mundo saturado de discursos inmediatos, de opiniones fragmentadas y de verdades efímeras, Daniel Mejía Lozano elige otro camino: el de la escucha, la lentitud y la responsabilidad de la mirada. Aquí, la palabra nunca es un simple flujo, es un acto real y sincero.

Este libro no se limita a recoger voces. Las pone en tensión, las interroga, las expone a su propia complejidad. A través de estas conversaciones, no se dibujan solo trayectorias individuales, sino una cartografía más amplia: la de un mundo en busca de sentido,

atravesado por sus contradicciones, sus fracturas, pero también por sus posibilidades.

Desde París —ciudad de pensamiento, de refugio y de exilio— el autor construye un espacio singular. Un lugar donde la distancia se vuelve lucidez, donde el alejamiento geográfico permite una nueva proximidad con lo esencial. Este punto de observación, a la vez íntimo y político, da a la obra una resonancia particular.

Porque este libro es también un viaje.

Un viaje por los territorios, las memorias y las responsabilidades. Un viaje por el poder, no en su dimensión espectacular, sino en lo que implica un viaje profundamente humano. Un viaje, finalmente, por la propia palabra: frágil, necesaria, a veces insuficiente, pero siempre portadora de una esperanza de comprensión.

Lo que sorprende en la lectura es esta voluntad constante de no simplificar jamás, de no ceder a la tentación del juicio inmediato. En una época en la que todo empuja a reducir, a oponer, a fragmentar, Daniel Mejía Lozano elige ampliar, complejizar, abrir.

Y en ese espacio algo sucede. Quizás otra manera de pensar la paz, no como una idea abstracta o un ideal lejano, sino como una construcción exigente hecha de diálogos, tensiones y tomas de conciencia. Una paz que no niega los conflictos, sino que busca comprenderlos para transformarlos.

«Un grito en París» no eleva la voz para cubrir el ruido del mundo. La coloca, con precisión, en sus intersticios. Allí donde el silencio no es ausencia, sino posibilidad.

Este libro nos recuerda que comprender ya es un acto y que escuchar, hoy, es quizás uno de los gestos más necesarios en un mundo que no escucha.

AURÉLIA KHAZAN

“La paz es el único combate que vale la pena librar.”

“La paix est le seul combat qui vaille d’être mené.”

ALBERT CAMUS

Carta desde desde las venas rotas de América Latina
Lettre depuis les veines brisées de l’Amérique latine

PREFACIO EN ESPAÑOL

París ha sido, durante siglos, una ciudad donde la palabra se convierte en acto público. Espacio de debate, imprenta, pensamiento y exilio, aquí el periodismo dejó de ser mera transmisión de hechos para transformarse en ejercicio intelectual y responsabilidad democrática. No es casual que esta obra encuentre en París su marco simbólico.

Daniel Fernando Mejía Lozano pertenece a una tradición de periodistas que conciben la información como compromiso público y la escritura como herramienta de conciencia histórica. Formado en Colombia y con una trayectoria que hoy se proyecta entre América Latina y Europa, su trabajo ha estado marcado por la crónica, la investigación y el análisis crítico de los procesos políticos contemporáneos.

“Un grito en París” reúne conversaciones en profundidad con figuras relevantes del liderazgo iberoamericano y europeo. Entre ellas se encuentran el ex presidente del Gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapatero; el ex presidente de Colombia, Ernesto Samper Pizano; el ex vicepresidente colombiano Francisco Santos Calderón; el ex vicepresidente de Ecuador Otto Ramón Sonnenholzner; la ex fiscal mexicana Celia Rivas; el dirigente colombiano Juan Carlos Valencia; la directora de cine y actriz Aurelia Khazan; y la cantante Cristina del Valle, integrante del dúo Amistades Peligrosas, entre otros referentes de la vida pública.

Este conjunto de entrevistas no se limita a registrar declaraciones. Cada diálogo constituye una exploración del poder desde su dimensión humana, política y ética. En tiempos de polarización y fragmentación discursiva, el libro apuesta por la conversación estructurada como método de comprensión. Más que confrontar, busca contextualizar; más que simplificar, intenta comprender.

La experiencia del autor, que reside en Francia desde 2022, aporta una perspectiva transnacional a la obra. París, históricamente refugio de escritores y periodistas exiliados, permite observar América Latina desde la distancia crítica, situando sus dinámicas políticas y sociales dentro de un escenario global más amplio. Esta mirada comparada enriquece el análisis y amplía el horizonte interpretativo de los acontecimientos narrados.

El libro se inscribe en una tradición del periodismo que privilegia el rigor, la verificación y la responsabilidad ética. En una era dominada por la inmediatez digital y la saturación informativa, esta obra reivindica la profundidad, la memoria y la escucha atenta como instrumentos esenciales del debate público.

Presentar estas conversaciones desde París adquiere una resonancia particular. Aquí, donde el pensamiento político europeo ha reflexionado durante siglos sobre libertad, ciudadanía y poder, este retrato coral del liderazgo contemporáneo dialoga con una historia intelectual que sigue interpelando nuestro tiempo.

“Un grito en París” es, en definitiva, una invitación a comprender el liderazgo no como espectáculo, sino como responsabilidad; no como consigna, sino como decisión histórica. En sus páginas el lector encontrará voces diversas, experiencias contrastadas y reflexiones que permiten entender mejor las transformaciones que atraviesan América Latina y el mundo.

Invito al lector a recorrer esta obra con espíritu crítico y apertura intelectual, convencido de que el periodismo ejercido con método, profundidad y compromiso sigue siendo uno de los pilares fundamentales de la vida democrática.

MIGUEL CORDANO RODRÍGUEZ

“Au-dessus de la mêlée, il faut voir la vérité.”

“Por encima de la batalla, hay que ver la verdad.”

ROMAIN ROLLAND

Château Légendaire 1
HONORÉ DE BALZAC AMBICIÓN
ASCENDENTE

BALZAC, RYSZARD KAPUŚCIŃSKI Y GARCÍA MÁRQUEZ EN SU ÚLTIMO EXILIO: LA MUERTE

En una mesa larga, con madera vieja, cansada de tanto café, junto a la ventana que observaba pasar tantas vidas inconclusas, en un café que parecía respirar al ritmo de París, con caos romántico y una libertad controlada, tres figuras se reunían como si hubieran llegado de estaciones distintas. Afuera, el viento jugaba a desordenar las hojas y los recuerdos, y en la sala el tiempo se congelaba, discreto, como si obedeciera a otra lógica del pasado que el futuro olvida.

Honoré de Balzac, de rostro ancho y casi pétreo, con ojos que parecían pesar más que el cuerpo, sostenía su taza con la gravedad de quien mide el mundo en cifras invisibles. Había en él una ambición ascendente, como una raíz que en vez de hundirse buscará elevarse, romper la tierra desde abajo hacia el cielo de los salones parisinos. Su respiración era corta, pero su mirada era larga y eterna.

A su lado, Ryszard Kapuściński tenía el cuerpo leve, casi de viento. Delgado, con una frente amplia donde se acumulaban geografías, parecía escuchar incluso lo que no estaba ocurriendo. Sus manos, nerviosas pero precisas, eran como ramas agitadas por corrientes invisibles, anotando el pulso de un mundo que siempre se estaba destruyendo.

Frente a ellos, Gabriel García Márquez sonreía con una calma que no pertenecía del todo a ese viejo café del barrio latino. Su bigote, espeso como selva, y sus ojos encendidos traían consigo un rumor cálido: de su abrigo, o tal vez de su memoria, escapaban mariposas amarillas que se deshacían en el aire como si fueran apenas una insistencia del recuerdo, del exilio de un periodista que en el mismo lugar de París apenas lograba sobrevivir en sus tiempos más difíciles.

El tema —si es que había uno— era el exilio.

No lo nombraban directamente. Más bien se filtraba como el viento bajo la puerta, moviendo las palabras sin pedir permiso, controladas por la OFPRA y vigiladas por un sistema que recluta libertad a cambio de vida.

—El exilio —parecía decir Kapuściński sin hablar— es el viento mismo: no pertenece a ningún lugar, pero atraviesa todos. Puedes volar por el mundo en un segundo y al final estás lejos de nada y en la nada.

—O una raíz arrancada —respondía en silencio Balzac— que sigue creciendo en otra tierra, aunque nunca deje de dolerle la primera. Una raíz tricolor como la de una Colombia diversa pero a su vez perversa.

García Márquez, en cambio, dejaba que una mariposa se posará en el borde de la taza, como si el exilio fuera también una forma de multiplicarse: estar lejos para existir en más de un sitio a la vez, como esos pueblos que caben en una palabra, como esas mariposas patriarca que vuelan de Canadá a México para cumplir un siglo de vida, como esos campesinos de Boyacá que con sus ruanas protegen la dignidad.

Entonces apareció el tío —nadie supo bien de quién era el tío—, llegó urgente, se hacía llamar Jorge Torres Medina para quienes siempre lo veían en la línea 7 del metro de París, cruzando el café como se cruzan los recuerdos, sin abrir la puerta. Traía consigo el olor de una casa antigua de Chiquinquirá, de sobremesas largas, de historias

repetidas. Se sentó sin pedir permiso, porque los tíos siempre saben dónde sentarse cuando se tiene que hacer la revolución.

—El exilio —dijo, o tal vez pensaron que dijo— es cuando uno se vuelve paisaje de sí mismo. Hoy es una urgencia vivir para mañana saber morir.

Afuera, el viento levantó un remolino de hojas que parecían mariposas indecisas. Dentro, las raíces invisibles de cada uno buscaban sostenerlos en esa mesa improbable, en esa luz tenue de sentimientos confusos que solo un escritor en un pequeño refugio de Reims podría interiorizar mientras recordaba a sus maestros.

Y por un instante, París dejó de ser ciudad y se volvió territorio común: un lugar donde el viento no expulsaba migrantes, donde las raíces no dolían por África, y las mariposas amarillas no eran el recuerdo de una Europa social sino el presente suspendido de una Europa que cerró fronteras y olvidó el Derecho Internacional.

El café Trevejo —viejo, con las paredes fatigadas de humo y conversaciones— parecía encogerse en sí mismo, como si supiera algo. Afuera, París seguía latiendo, indiferente, pero adentro el tiempo había decidido plegarse, como en un cementerio de palabras que sin inteligencia artificial daban valor al arte humano.

Las tazas estaban casi vacías, el café era oscuro, el violín que sonaba en la esquina expresaba el dolor de un pueblo migrante sin derechos. Mientras tanto, todo era tan perfecto como imperfecto, la seguridad estaba en la soledad no de cien años sino de numerosas vidas, memorias, historias, recuerdos, palabras, sonrisas, lágrimas, sentimientos, silencios y al final, solo suspiros.

Honoré de Balzac fue el primero en inclinar la suya, apurando el último sorbo con una determinación que no admitía réplica. Sus dedos, gruesos, temblaron apenas, como si la raíz que siempre había empujado hacia arriba encontraría por fin su límite en el aire. Sus ojos —todavía ambiciosos— se detuvieron en un punto invisible, quizá una última cifra, quizá una deuda con la vida. Una deuda con la CAF en Francia.

Ryszard Kapuściński no bebió de inmediato. Observó el café como si fuera un mapa, como si en esa superficie oscura se reflejarán todos los países que había perdido. Luego sopló suavemente, como quien conversa con el viento antes de partir, y bebió. Su cuerpo, ligero, parecía volverse aún más leve, casi una corriente que ya no necesitaba sostén.

Gabriel García Márquez sonrió, y en esa sonrisa hubo algo irrevocable. Una mariposa amarilla —la última— descendió con lentitud y se posó en el borde de la taza. Él la miró como se mira a un viejo amigo que viene a despedirse sin palabras, y bebió sin apartarla. Cuando dejó la taza, la mariposa ya no estaba, o tal vez se había vuelto invisible.

El tío, que nadie recordaba haber invitado, asintió desde su silencio. Era el único que no tenía prisa aunque para él todo era urgente, la urgencia estaba en el tiempo presente que se esfumaba con la poesía.

Nadie habló de muerte. No hacía falta.

Fue más bien como si los tres entendieran que el exilio final no se escribe, no se reporta, no se narra: se atraviesa cuando se deja de respirar.

El viento entró entonces por la puerta sin abrirla, desordenó los papeles inexistentes, rozó las manos, apagó algo que no era la luz. Las raíces cedieron sin quebrarse. Las mariposas —todas las que habían sido— levantaron un vuelo que no se vio, Jorge Torres fue el poeta que pintó la verdad.

Y en la mesa quedaron tres tazas vacías.

Cuando el camarero regresó, juraría que nunca había nadie allí. Sólo el eco leve de una conversación que no alcanzó a ocurrir del todo, y un aroma persistente a café, como si la vida hubiera pasado por ese rincón y, al irse, se hubiera olvidado de despedirse.

Porque el tío Jorge era quien conversaba con la muerte. Kapusciński, Balzac, y García Márquez nunca existieron en ese café, en ese momento, el tío los veía en su poesía, con sus vinos del Barón

de la Estaca y el periodista exiliado los recordaba en su inspiración en Reims.

“Le véritable voyage de découverte ne consiste pas à chercher de nouveaux paysages, mais à avoir de nouveaux yeux.”

“El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos.”

MARCEL PROUST

EL FUNERAL DE ALFREDO MOLANO VISTO DESDE ARRIBA

Caminaba despacio con la rapidez de un intelectual humanista por las montañas de Colombia, de distintas colombias.

No tenía prisa pero corría. Nunca la tuvo en esos caminos que parecen trochas. El aire era frío y delgado como en el caribe que sofoca, y le cortaba la cara con una hoja suave que cae con ortiga en la piel. Respiraba hondo, como si cada respiración tuviera que ganarse para no dejar de existir.

Era un hombre flaco. No por debilidad, sino por años de andar donde no hay comida fija ni mesa segura, la guerrilla intelectual de sus ideas era de ultraderecha. La piel estaba quemada por el sol de altura. Sus ojos miraban de frente tal cual como cuando me miraban desde su ataúd, sin adornos. Habían visto demasiado campo para distraerse con cosas pequeñas, al final solo veían a los personajes que acompañaron su escritura.

“El país se entiende escuchando a quienes lo han caminado y sufrido, no mirándolo desde arriba.” dijo antes de morir.

Llevaba botas gastadas. Ya no eran nuevas desde hacía mucho tiempo. El barro se había quedado en las costuras de las calles capitalinas que enaltecen el centro andino. El pantalón oscuro estaba gastado en las rodillas como si fuera Arturo Calle quien se cansó de caminar por las calles. Una chaqueta simple, de esas que no llaman la atención en ninguna parte cubría su espíritu. En el

campo, eso es lo único que importa, el espíritu, hasta el café se toma con calma para empezar el día con coraje.

Alfredo Molano, hizo visible a Colombia desde abajo, mostrando que el país no se entiende únicamente desde sus instituciones o sus élites, sino desde los caminos de la gente que lo ha construido en silencio.

Yo estaba en su funeral y él partía. Molano nació en Bogotá en 1944 y desde joven se inclinó por la sociología y la literatura, estudió en la Universidad Nacional de Colombia y más tarde en Europa, donde amplió su mirada sobre las ciencias sociales y el periodismo; de regreso al país, abandonó el escritorio como único lugar de conocimiento y se internó durante décadas en los territorios rurales, especialmente en zonas de colonización y conflicto armado, recorriendo selvas, llanos y montañas para escuchar directamente a campesinos, colonos y víctimas, cuyas voces convirtió en el eje de su obra; a lo largo de su vida fue sociólogo, periodista, cronista y escritor, publicó libros fundamentales sobre la violencia, la tierra y el desplazamiento en Colombia, defendió siempre la importancia de la memoria oral como forma legítima de historia, enfrentó exilios y controversias por sus posiciones críticas, y hasta sus últimos años siguió caminando el país.

Caminaba con el peso del cuerpo un poco hacia adelante, como hacen los que han subido muchas lomas. No era cansancio. Era un hábito. El cuerpo aprende el terreno, la piel es dura en la selva, el exilio es aire en la oscuridad.

A veces se detenía. No decía nada. Miraba las montañas como si estuviera escuchando algo que los otros no podían oír. El viento pasaba entre la hierba alta. Las nubes bajaban y volvían a subir. Todo seguía.

Luego seguía caminando.

Había vivido mucho tiempo escuchando historias. Ahora parecía que las historias lo seguían a él. No como recuerdos, sino como compañía.

En estos últimos días, Aguas arriba el mundo era simple. Piedra, aire, camino. Y un hombre que avanzaba sin ruido, como si todavía hubiera algo que terminar antes de que la noche invadiera

su vida, de su camino, de sus aguas, de su causa, de su conocimiento, de sus reflexiones, de su todo en la nada.

Asistí al funeral de Alfredo Molano como se asiste en los pueblos a las cosas que uno no entiende del todo pero siente que le pertenecen, era el entierro de la Colombia de abajo que es mirada desde arriba. No era solo el entierro de un hombre, sino el modo en que un país aprende a despedir a los suyos sin saber si los está perdiendo o devolviendo a la tierra, era la despedida, Alfredo viajaba a su último exilio, la muerte.

El pueblo estaba vestido con una tristeza sencilla, la funeraria Gaviria de la carrera 13 con calle 44 en el centro de Bogotá estaba abajo de la élite que siempre la veía desde arriba. Las mujeres llegaron con dolor y alegría, con flores que no parecían de duelo sino de visita. Los hombres se quedaron un poco atrás, como si el dolor tuviera que ser primero domesticado antes de poder mirarlo de frente. En la plaza, el aire olía a café reciente y a madera mojada, el estallido social se escuchaba en las calles, el sonreía en su ataúd.

El ataúd estaba allí, quieto, antes de ser trasladado a la capilla de la Universidad Nacional de Colombia, un lugar cargado de simbolismo revolucionario. Con esa paciencia que solo tienen las cosas que ya no esperan nada, la resignación de un pueblo resignado. El rostro de Alfredo Molano —extrañamente sereno, sonriente, feliz— parecía haber encontrado su lugar, todos lo miraban desde arriba y el estaba allí abajo, donde todos terminaremos este camino, donde siempre quiso estar.

Una conversación secreta se murmuraba en las paredes de la funeraria Gaviria con algo que los demás no podían oír. Llevaba un corbatín sencillo y un traje blanco que no imponía distancia, más bien lo acercaba a la gente, como si todavía estuviera entre ellos tomando notas invisibles del mundo, como si la muerte fuera un festejo y no una tragedia.

Alguien dijo su nombre en voz baja, y ese fue el verdadero comienzo del silencio.

Cuando llegó Ernesto Samper Pizano, ex presidente de Colombia nadie lo anunció, camino como en su propio entierro. Simplemente apareció entre la multitud como aparecen los recuerdos incómodos, cómodos y sin comodidad: sin pedir permiso.

Su rostro no tenía espectáculo, solo una tristeza contenida, de esas que se sostienen por disciplina. Disidentes que no eran disidentes sino firmantes de Paz de las FARC se acercaron al recinto con disidencia, Samper se quedó de pie unos segundos, mirando el ataúd como quien reconoce en él no solo a un hombre, sino a una época que también se va sin hacer ruido.

El progresismo, si es que esa palabra puede caber en un gesto humano, parecía haberse quedado sin abrigo en ese instante.

El pueblo entero guardó silencio, pero no un silencio vacío, sino uno lleno de cosas pequeñas: el roce de los zapatos sobre la tierra, el llanto que no terminaba de salir, el viento moviendo las hojas de los árboles como si también estuvieran pasando página, las páginas de sus libros que nunca van a morir.

Cuando el cortejo comenzó a moverse, nadie empujó. Fue el pueblo el que acompañó, despacio, como si no quisiera que el camino no terminará nunca. Y en ese andar lento, entre pasos y flores.

Alfredo Molano siempre quedará en la memoria de los otros como una forma de conversación que no se interrumpe del todo y que existe en ellos. Un fotoperiodista italiano me acompañaba como testigo, Bogotá vivía aún el estallido social, Alfredo Molano murió mientras Colombia explotaba con sus juventudes y el moría de la risa.

Era el fin de una época, se fue así, no como una noticia, sino cómo se van los ríos cuando cambian de cauce pero no de ideas, dejando detrás un mapa invisible que el pueblo, sin saberlo, seguiría leyendo durante mucho tiempo, sus ideas, sus investigaciones, su obra, su arte colectivo, su caminar, su vida y hasta su muerte. Yo tenía un vuelo a Berlín Alemania, durante el vuelo imagine las montañas que nunca recorrí leyendo el camino que ahora puedo comprender.

LUXEMBURGO: UNA BOFFERDING PARA EL EXILIO DE LA FIFA WORLD CUP 2026

En las montañas de Santander, cuando el amanecer todavía no sabía si debía ser luz o niebla, el Cañón del Chicamocha se abría como una herida antigua y solemne, y yo me quedaba inmóvil, sosteniendo una taza de café que parecía más caliente por la memoria que por el fuego, mientras el mundo entero se deslizaba lentamente hacia la claridad. El viento bajaba desde las alturas con una paciencia de siglos, y en ese aire delgado, casi inventado, se mezclaban el aroma del café recién hecho y una nostalgia que no tenía origen preciso, como si alguien hubiera dejado abierta una puerta del pasado en medio de la montaña.

Desde algún lugar invisible, visible y porco deducible, como si viniera no del tiempo sino de una grieta del paisaje, de las montañas silenciosas, sonaban Silva y Villalba, y sus voces se extendían por el cañón como si las rocas hubieran aprendido a cantar.

Esa mañana naranja en el cielo las aves se detenían en el vuelo, las sombras aún estaban indecisas en el amor, el río allá abajo moviéndose como un pensamiento lento sabía que yo estaba tan lejos que solo podía observarlo. Y en medio de ese amanecer irrepetible, uno comprendía —sin necesidad de decirlo— que habían lugares en el mundo donde la realidad no se comporta como

realidad, donde un pasaporte desaparece, el amor rejuvenece, el mundo nos entristece y un grito desaparece.

En el exilio uno empieza a entender que los colores no pertenecen a nadie, o que pertenecen demasiado, y por eso se desprenden con una facilidad dolorosa, como si la memoria también supiera vestirse y desvestirse según las órdenes de un guión ajeno, las órdenes de un trabajo necesario, de un papel simulado, de un rodaje millonario.

Lo hice porque así lo determinó el director del comercial de televisión, con la misma naturalidad con la que se decide el movimiento de una cámara o la emoción exacta de una espuma en la cerveza.

Lo hice porque necesitaba el trabajo, porque el exilio no negocia. Lo hice porque mi pasaporte colombiano había quedado suspendido en algún pliego administrativo del gobierno francés que me concedió el exilio como quien concede una pausa sin promesa de retorno, recuerdo aquel día que tuve que entregar mi pasaporte a las autoridades francesas, Colombia quedó confiscada.

Me indicaron que no podía volver a Colombia por instrucción del gobierno francés, es parte de ser exiliado, no tener pasaporte y no volver.

en el pub, lo más extraño no era la camiseta que yo portaba del equipo rival de mi patria querida.

Lo más extraño era saber que, en algún punto del calendario que ya se estaba escribiendo sin nosotros, Portugal se enfrentaría a Colombia en la Copa del Mundial de fútbol 2026.

Pensé entonces que el fútbol tenía esa crueldad dulce de enfrentarte a lo que eres incluso cuando ya has sido transformado en otra cosa.

Así que no quedaba más que eso: grabar, actuar, obedecer la coreografía de las luces, beber cerveza sin beberla, gritar goles que todavía no existían, y seguir viviendo como si la vida fuera una escena interminable donde uno ensaya su propio desarraigo sin saber nunca en qué minuto exacto se convierte en verdad.

El pub era antiguo, de madera oscura, como si hubiera sido traído pieza por pieza desde algún rincón húmedo de Irlanda desde 1950, en el centro del Ducado, a pocas cuadras del palacio donde la historia se sienta a firmar silencios. En Luxembourg la luz no entra: se filtra entre la paz y la guerra. Y en ese lugar se filtraba con un luminotécnico experto que maneja luces por todas partes, la luz era dorada, detenida en pequeñas lámparas colgantes que temblaban apenas cuando alguien reía demasiado fuerte o cuando el mundo, otras pequeñas sobre las mesas acompañaban la cerveza, afuera, la calle cotidiana seguía su ritmo normal mientras dentro del pub todos nos desconectamos del mundo.

La cerveza —Bofferding— estaba en todas partes antes de ser bebida. Era el verdadero personaje de la escena. Brillaba en los vasos como si supiera algo que nosotros no. La mirábamos formarse, caer, asentarse en la espuma lenta, y había en ese gesto cotidiano una especie de ceremonia sin religión. Beberla era ensayar la paz en un mundo que no la practicaba, el petróleo cada vez más caro amenazaba la copa mundo de fútbol 2026.

Porque afuera el mundo estaba roto, el derecho internacional desangrado, la soberanía pisoteada, Trump descontrolado.

Las noticias hablaban de guerras como quien enumera estaciones del clima. Una más. Otra más. Ahora el Golfo. Ahora Irán. Trump, trump, tamp, tomp, pa pa pa. Ahora la palabra “invasión” otra vez en boca de los mismos países que siempre la pronuncian como si fuera una corrección del orden, mientras el rey atacaba al Papa e insultaba a Jesucristo. Y yo pensaba, mientras sostenía el vaso sin beber, que el planeta había aprendido a convivir con su propia destrucción como se convive con un ruido constante en la pared: se oye, se ignora, se sigue viviendo, y Trump, el rey de la destrucción manipula la ignorancia en masa.

Patricia Flores estaba a mi lado. Actriz. Bella luxemburguesa y también latinoamericana, en ese estado extraño en que la belleza deja de ser atributo y se vuelve oficio consciente, inconsciente y

subconsciente . Ella miraba el set como si ya lo hubiera vivido antes, o como si lo estuviera recordando en lugar de interpretarlo. Éramos dos latinoamericanos perdidos en una coreografía de precisión norteamericana, donde cada movimiento tenía una marca en el suelo y cada emoción una luz asignada a una Bofferding en medio de la barra brava de Portugal.

En la barra había un hombre de unos setenta años que parecía haber sido olvidado por el tiempo o, peor aún, conservado con intención.

Llevaba una barba blanca, larga y abundante, que caía sobre el pecho como una espuma permanente de otra vida, y un traje de cantinero de los años sesenta, impecable en su anacronismo de artista, como si aún sirviera bebidas en un mundo que ya no existe.

Sus manos se movían con una paciencia exacta: vertía la cerveza Bofferding una y otra vez, sin descanso, inclinando el vaso en el ángulo perfecto para que la espuma subiera intacta, densa, fotogénica, como si en ese gesto mínimo se jugará la posibilidad de una belleza definitiva.

No miraba a nadie, o quizás miraba a todos al mismo tiempo, convertido en una pieza más del mecanismo invisible del rodaje, un hombre que servía espuma como otros sirven el mundo: con precisión, con rutina, con la calma de quien ha entendido que la perfección no es un instante, sino una repetición infinita.

El comercial era simple y absurdo, como suelen ser las verdades cuando se disfrazan de entretenimiento, de una alegría que se simula en un mundo triste: un pub donde todos apoyaban a Portugal, menos uno que llevaba la camiseta de Francia. Portugal ganaba, Francia logra igualar en la igualdad, la fraternidad y la libertad, y el gesto final era imposible en el mundo real. Luego llegó el abrazo colectivo, la reconciliación instantánea, el milagro deportivo como sustituto de la historia.

Pero lo más extraño no era el guión. Era la sensación de estar dentro de algo que se parecía demasiado a la vida, pero no era

real, ni siquiera la cerveza que tenía en mis manos era real, solo era una imagen que no se podía sentir.

Había gritos ensayados que terminaban siendo reales. Habían cervezas simuladas que dejaban la sed verdadera. Habían abrazos que empezaban como instrucciones y terminaban como necesidad.

Yo debía levantarme en la primera escena, cruzar la primera fila y caminar hacia la barra. Un gesto mínimo, casi ridículo. Pero en esa coreografía el mínimo era lo absoluto. Todo dependía de cómo se apoyaba un pie antes del otro, de cómo la mano rozaba el aire antes de tocar el vaso sin tocarlo del todo.

A mi lado, un hombre finlandés de dos metros me abrazó sin aviso y gritó algo que sonó a “bacalao” o a promesa. No pregunté. No entendí. En ese lugar entender era un lujo innecesario.

La luz hacía del pub un lugar fuera del tiempo. No era día ni noche. Era algo intermedio, como si el mundo hubiera decidido detenerse para observarse a sí mismo en repetición.

Y mientras tanto, en algún lugar del mapa, la palabra “invasión” volvía a escribirse sobre otro país. Se hablaba de Estados Unidos, de Irán, de flotas, de bloqueos, de movimientos militares en el estrecho de Hormuz. Se hablaba como siempre se habla antes de que las cosas sucedan del todo, cuando aún se finge que hay decisiones en lugar de inercia.

Pensé que tal vez el mundo ya no distinguía entre simulacro y realidad. Que nosotros éramos eso. Al final del día un ensayo de humanidad dentro de otra humanidad más grande y más violenta.

Patricia reía. No actuaba la risa: la vivía. Y en ese gesto había algo que me salvaba de la sensación de irrealidad. Porque si ella era real, entonces el resto también lo era, incluso lo absurdo, incluso el pub, incluso la cerveza que no se bebía.

El director gritaba cortés, amable, sencillo, como un psicólogo experto en dar a cada quien el papel que le corresponde, luego

numerosas repeticiones, ajustes y gol. Pero el tiempo ya no obedecía del todo. Se había vuelto una sustancia blanda. Un líquido parecido a la cerveza en el vaso: dorado, inestable, compartido, ficticio, agrio, repetitivo, flotante, aparente, insaciable.

Cuando finalmente llegó la toma que quedó, nadie supo exactamente cuándo había empezado la celebración. Portugal ganaba. Francia igualaba el resultado. el actor francés reía, el viejo portugués lo abrazaba, todo era paz pero en el medio oriente no paraba la guerra. Y sin embargo todos se abrazaban como si el resultado fuera lo menos importante del mundo.

Y lo era.

Gritamos.

Saltamos.

Sentí que algo dentro de mí se aflojaba, como una cuerda demasiado tensa durante demasiado tiempo.

Y pensé —sin decirlo— que tal vez el fútbol era eso: el único idioma que todavía intentaba unir lo que la historia se empeñaba en separar, un mundo diverso, humano, real, desigual, inmerso en la guerra.

En algún momento, alguien gritó gol

Y ese grito, absurdo, colectivo, sin partido real que lo sostuviera, se quedó flotando entre las lámparas del pub como si fuera una pequeña revolución sin consecuencias, pero con memoria, en una celebración absurda de la ficción convertida en realidad, un grito en París que salía del corazón de Luxemburgo.

El set en Luxemburgo parecía suspendido fuera del tiempo, como si el mundo hubiera decidido por un instante ponerse de acuerdo consigo mismo. Las luces colgaban suaves sobre el pub reconstruido, la madera oscura respiraba calor, y en cada mesa la cerveza Bofferding brillaba con esa espuma perfecta que los técnicos repetían una y otra vez hasta volverla casi una forma de fe.

Afuera, el país seguía siendo un mapa de migraciones y lenguas cruzadas; adentro, todo se reducía a un solo sentimiento que

nos unía sin explicación, como si el fútbol, la ficción y la vida hubieran firmado una tregua secreta.

Patricia Flores estaba a mi lado, luminosa, exacta, habitando la escena con una naturalidad que desarmaba cualquier distancia entre actuar y ser. En un momento que nadie había escrito del todo —o tal vez sí, pero en otra versión del guión— la espuma se desbordó sobre la barra, cayendo como una pequeña avalancha dorada que parecía bendecirlo todo, y en medio de esa felicidad colectiva, de ese instante improbable en que todo encajaba sin dolor, nos miramos como si por fin el mundo hubiera encontrado su forma correcta, y entonces nos besamos, sin prisa, como si el tiempo hubiera decidido no interrumpirnos nunca más mientras tomábamos un tren a Dudelange.